

Capítulo 3

Rasgos de una vecindad informativa

Buenos Aires-Montevideo a fines del siglo XIX

*Lila Caimari**

En su detallada recensión de la prensa uruguaya de la primera mitad del siglo XIX, Antonio Zinny comenzaba aclarando que la obra venía a complementar aquella otra sobre la prensa de Buenos Aires, su *Efemeridografía Argirometropolitana hasta la caída de Rosas*, “con la que está íntimamente ligada, tanto en la parte histórica cuanto por los personajes que en una y otra figuran, desde el principio de la emancipación política de ambos estados” (Zinny, 1883: III; Zinny, 1869). Este rasgo se desprendía de la más distraída mirada al catálogo descriptivo, en efecto, salpicado de publicaciones que acusaban una identidad decididamente rioplatense.

La inscripción surgía de la lista de títulos –*Comercio del Plata*, *Revista del Plata*, etc.– y de los elencos periodísticos mismos, con nombres como Florencio Varela, Juan B. Alberdi, Miguel Cané, Juan M. Gutiérrez, Valentín Alsina, Mariquita Sánchez, Esteban Echeverría, y firmas orientales como la de Andrés Lamas. Abundaban, en otras palabras, figuras de esa “provincia flotante” compuesta de sucesivas oleadas del exilio antirrosista, cuando las alternativas brutales de la partición facciosa habían tornado a Buenos Aires y Montevideo en el oscilante horizonte vital de tantas trayectorias, algunas en sus etapas formativas más pregnantes (Myers, 1998; Blumenthal, 2019: 1-34; Batticuore,

* Universidad de San Andrés (UDESA) y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), Argentina.

2011: 207-248). Prolongado en el tiempo, el escenario daría origen a proyectos más amplios que esa cerrada lucha, y así la efervescencia cosmopolita montevideana de la década de 1840 auspiciaba empresas que iban de la poesía a la política, del liberalismo al encendido romanticismo mazziniano y sansimoniano (Tarcus, 2016: 199-236; Míguez, 2018: 27-51). Por lo demás –y como observa Eduardo Míguez– se trataba de una generación criada en el seno de familias del Plata, con padres, hijos y hermanos a menudo nacidos indistintamente a uno y otro lado del río (Míguez, 2018: 23).

Esa matriz era fruto, a su vez, de una imbricación de larga data, que remontaba a las antiguas estructuras de un espacio político-económico en el que la trama informativa siempre se había confundido con las circulaciones personales, las redes epistolares y los intercambios comerciales grandes y pequeños. La historia del complejo portuario rioplatense muestra que el río era, en el tardío siglo XVIII, un vector integrador entre ambas bandas, adonde agentes grandes y pequeños cruzaban cada día con alimento, cueros o mano de obra, cargando a su regreso “un poco de *cachaça*, azúcar y algún corte de tela para la patrona o tal vez una punta de encaje de Holanda para preparar un exvoto para el santo de su devoción”, según evoca Fernando Jumar (2012: 129). Sobre ese vaivén cotidiano haría pie la prensa de la era independiente, y sobre él también aquella que cabalgó el turbulento curso de la política regional de las primeras décadas del 1800. Las noticias de la Guerra del Paraguay, en los albores de la modernización de la prensa de la década de 1860, aún circularían en ese marco “transnacional” pero incompletamente deslindado (Johansson, 2017: 31-33).

Trabajos sobre el periodismo decimonónico de la región –comenzando por el monumental catálogo emprendido por Zinny en la década de 1860– han dado cuenta suficiente del entrelazamiento de los dos puertos del Plata y ofrecen un punto de partida para observar la evolución posterior de dicho espacio. Pues a medida que los Estados nacionales se hacían cargo de la circulación postal, que el periodismo pasaba paulatinamente a manos de profesionales de la prensa, y las agendas se autonomizaban de la más inmediata causa política, otras dinámicas fueron prevaleciendo en esta vecindad informativa.

Como en el resto de Sudamérica, el espacio rioplatense se vería transformado en las últimas décadas del siglo por las nuevas capacidades de intercambio de cartas e impresos. Por un lado, una distintiva tendencia hacia el monopolio de las circulaciones en manos estatales fue expropiando estos tráficos de múltiples agentes privados (empresariales o individuales), que fueron inscriptos en el ámbito de agencias con jurisdicción nacional (Britton, 2013; Bose, 1967; Caimari, 2019). Paralelamente, diarios y periódicos en general emprendían un

largo proceso de modernización, que contenía la semilla de un cambio en su relación con el mundo. Los signos son conocidos en la historia de la prensa: pasaje de la lucha política como tema principal a contenidos diversos y abarcadores (folletines de ficción, publicidades, avisos de intercambio de servicio, entre otros); profesionalización creciente del oficio del periodismo; complejización técnica, diversificación de los recursos gráficos; expansión de las tiradas y desarrollo del sistema de suscripción de alcances muy amplios (Roman, 2010; Servelli, 2018: 21-60; Ojeda, 2016). Se ha evocado, también, la ampliación del espectro informativo, ligada al desarrollo de las corresponsalías y al ingreso de infraestructuras y servicios (el cable submarino, la suscripción a las primeras agencias de prensa) que modificaron el horizonte noticioso cotidiano (Caimari, 2018; Bergel, 2015: 73-94).

Estos desarrollos convergían en el desplazamiento tectónico hacia la aceleración globalizadora de fin del siglo, en la base de una nueva articulación de las naciones sudamericanas al mundo atlántico (europeo) en los planos económico, demográfico y cultural. Si las líneas generales de este proceso son conocidas, menos lo son las implicancias más parciales de la reconfiguración de circulaciones a nivel regional. La omisión es importante si recordamos que estos arreglos también atañían a las dinámicas informativas y comunicacionales bilaterales, dinámicas con una larga tradición previa destinada a incidir en este nuevo marco, y a verse transformadas por él. Las mismas dirigencias a cargo de los destinos de estas naciones –Mitre, Sarmiento, Lamas, numerosas figuras que en el destierro habían comprobado de primera mano la importancia del acceso a sistemas de comunicaciones eficientes– darían impulso decisivo al desarrollo de las capacidades estatales para acercar a las naciones en ciernes, y en particular, a algunas de sus ciudades.

Cabe preguntarse, entonces, por el cambio nacido de la masificación de circulaciones transfronterizas en la era de los sistemas nacionales de correos y la prensa moderna de amplia tirada, cuando la disponibilidad de información sobre los países vecinos aumentó de manera exponencial y el peso de las redes interpersonales fue relativizado por un sistema con poder de diseminación incomparablemente más amplio. Tal es el interrogante que guía las páginas que siguen. De carácter tentativo, el recorrido se concentrará en algunos rasgos de este vínculo, en momentos en que la ola inmigratoria iba modificando el tenor de estas sociedades y Buenos Aires comenzaba a vislumbrarse como el coloso informativo de la región.

Bases materiales de una vecindad

¿De qué manera incidía en la antigua configuración de comunicaciones rioplatenses el proceso iniciado en la era post-Caseros, que encontraría su expresión más clara en el último tercio del siglo? El primer elemento a mencionar es, quizás, la formalización del tráfico postal, el avance de las agencias estatales en el ajuste de los mecanismos básicos para instalar un horizonte de monopolio del movimiento epistolar, que formalizaba y despersionalizaba los circuitos. Una larga serie de tratados y convenciones bilaterales describe el camino hacia la armonización de las partes y el relegamiento de añejas rivalidades portuarias al servicio de un proyecto común de gestión de flujos postales en la boca del Atlántico.

El hito de esta construcción puede remontarse a la Convención Postal entre la Argentina y la República Oriental del Uruguay (junio de 1865), que establecía en su primer artículo la libre circulación por transportes y estafetas de comunicados oficiales y cartas particulares, así como la de "... diarios y periódicos, revistas, folletos y demás impresos, sean nacionales o hechos en país extranjero, y las cartas y demás correspondencia que estuviesen franqueadas en el país de donde hubiesen sido despachadas" (AMREC, 1865).¹ A los fines de nuestro análisis, subrayemos dos elementos de este arreglo sucesivamente renovado: la toma a cargo *gratuita* de la distribución de prensa por parte de los correos nacionales y la reciprocidad en la función como vía de tránsito de cartas e impresos desde y hacia regiones más alejadas, dos tareas cargadas de implicancias a largo plazo.

A este acuerdo-marco seguirían sucesivas convenciones específicas referidas al intercambio de cartas y cajas con valores declarados, de encomiendas y cobros postales, al servicio de estafetas ambulantes, de uso de documentación de identidad, y dos arreglos que regulaban la ejecución del abono a diarios y publicaciones periódicas (Ministerio del Interior, 1901: 3-292).² La imagen que emerge a fines del siglo se asemeja a una urdimbre de transportes y comunicaciones postales ampliamente regulada por los Estados, una empresa

¹ Los firmantes eran Rufino de Elizalde (vicepresidente argentino, a cargo del Ejecutivo Nacional) y Carlos de Castro (ministro de Relaciones Exteriores de la República Oriental del Uruguay).

² Durante las dos primeras décadas de vigencia del tratado bilateral inicial (1865), el correo argentino se hizo cargo de los gastos y la gestión de los estafeteros fluviales entre Buenos Aires y Montevideo y de los puertos orientales y argentinos. Esta situación fue corregida en 1881 mediante una convención específica que estipulaba participación equivalente en los recursos; *Convenciones*, p. 128.

que comprometía todo un espectro de intermediarios, desde los tradicionales estafeteros del río Uruguay a las flotas de vapores pequeños de emprendimientos locales, a la naviera Mihanovich (de creciente gravitación), además de los barcos de gran calado que cruzaban el Río de la Plata en el extremo sur de un periplo transatlántico. La coordinación de los transportistas locales con estas embarcaciones era de importancia crítica, por la función de estos puertos en los circuitos globales y su estatus “de tránsito” en trayectorias más largas.

La responsabilidad con relación a terceros cobraría importancia mayor con el ingreso a la Unión Postal Universal (UPU) —a la que la Argentina accedía en 1877 y Uruguay en 1880—, que consagraba la regulación extranacional de la intermediación de los flujos postales de países de la región sin salida al Atlántico: Bolivia, Paraguay y Chile, en particular (Caimari, 2019).³ Coordinar entre los puertos de Buenos Aires y Montevideo este segmento clave de la articulación atlántica no era tarea sencilla. Las empresas de vapores locales tenían sus demandas (rebajas impositivas, horarios de cruce), y los agentes de correos debían negociar condiciones con estos actores indispensables, acercando la lógica del lucro a la de un servicio público devenido indispensable para los usuarios, máxime cuando estos vapores completaban el largo trayecto de valijas desde y hacia Europa (*Memoria de Correos*, 1884: XX; *Antecedentes Administrativos de Correos y Telégrafos*, 1893: 341).

Entre los efectos de estos sucesivos ajustes, sobresale el *crescendo* ininterrumpido de las cifras del tráfico de cartas e impresos entre los dos puertos del Plata. Las estadísticas partían de un piso alto, de una trama epistolar que siempre había sido densa, como hemos visto. En el umbral de la expansión, en 1864, la frecuencia de despachos formales de Buenos Aires a Montevideo era de cuatro a seis veces por semana, sin contar las vías complementarias, formales o no, pues “Aprovéchase además de toda otra oportunidad que se presenta para la vía fluvial”, rezaba el informe (*Anuario de Correos*, 1864: 57). En años sucesivos, barcos con contratos postales cruzaban el río dos o tres veces por día, mientras se distribuía mucha correspondencia diaria por el sistema fluvial del interior (*Anuario*, 1864: 57; *Anuario*, 1865: 47; *Anuario*, 1875: 107). De los

³ Nacida en 1874 y con sede en Berna, la Unión Postal Universal tuvo por misión inicial unificar los territorios postales de naciones europeas ya vinculados por arreglos bilaterales. En el contexto de la acelerada densificación del tráfico, la agencia pronto devino en fuente de criterios estandarizadores para la circulación de cartas, impresos y valores en todo el mundo. A partir de 1876, sucesivas negociaciones y sendos congresos internacionales delegaron en esta entidad el establecimiento de los principios de gobernanza de territorios postales que no cesaban de expandirse (Lyall, 2011: 213 y ss.).

934 viajes redondos de vapores con “valijas” al exterior despachados en 1882, 234 se destinaban a Montevideo. En 1885, con el servicio más estabilizado, el Correo informaba que en el año previo “Se despachó balija por 288 vapores á Montevideo” y “309 á los puertos orientales del río Uruguay” (*Memoria*, 1884: XII; *Memoria*, 1882: XIII).

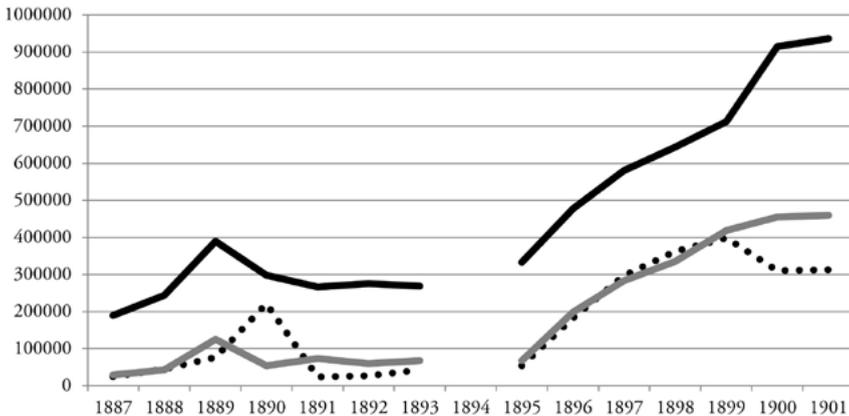
Durante el largo ciclo de expansión del tráfico postal que se iniciaría con la incorporación a la UPU, cada país figuró al tope de destinos del otro, único vínculo regional de esa intensidad. Los datos son contundentes: el medio millón de cartas ordinarias anuales intercambiadas a fines de la década de 1870 pronto se había triplicado. Ese millón y medio siguió aumentando gradualmente en la década siguiente, para volver a saltar en los tempranos 1900, cuando alcanzó tres millones y medio de cartas en 1910, y se estabilizó en una franja que a menudo pasaba los cuatro millones (un volumen mucho mayor si incluimos cartas certificadas, tarjetas postales, encomiendas y giros postales).⁴ Semejante intensidad explica, por ejemplo, la presencia de un buzón especial “Montevideo” en el flamante Palacio de Correos inaugurado en Buenos Aires en 1928. Cabría no olvidar que en los tramos iniciales de esta expansión, el Correo aún luchaba por imponer su monopolio sobre el tráfico epistolar, una misión no sencilla de cumplir en general, y particularmente difícil en este caso, dada la persistencia de un repertorio de circulaciones que seguía incluyendo numerosos microtransportistas informales difíciles de cuantificar.

Hay menos dudas en relación con la circulación de impresos, ya que las facilidades y subsidios que ofrecían los correos no tenían competencia en las mensajerías privadas y la valija de los viajeros ocasionales no podía hacerse cargo del transporte de suscripciones extendidas en el tiempo. A pesar de que este rubro no estaba incluido en el monopolio legal del correo (como sí lo estaban las cartas), sabemos que la prensa periódica aprovechó ampliamente las ventajas que ofrecía el sistema estatal para expandir sus mercados. El registro oficial de paquetes de impresos (cada uno de los cuales llevaba entre tres y cinco ejemplares) pasó de 380.000 a fines de 1870 a medio millón a mediados de la década siguiente, a 700.000 a fines del siglo y al millón en los tempranos 1900. Aquí también el rubro se expandió mucho en el nuevo siglo, con más

⁴ Salvo aclaración, los datos sobre tráfico postal, de impresos y telegráficos mencionados en este trabajo provienen de las series estadísticas publicadas en el *Anuario de Correos y Telégrafos* (1879); *Memoria de Correos y Telégrafos* (1882, 1884, 1885, 1887, 1889, 1910-1911, 1912, 1913, 1914) y *Antecedentes administrativos de Correos y Telégrafos* (1890, 1892, 1893, 1894). Si bien hay informes previos a las fechas iniciales aquí consideradas, los datos de tráfico no discriminan entre países antes de 1879.

de un millón y medio de paquetes intercambiados en 1903, que eran casi dos millones en vísperas de la Gran Guerra. Los datos que aporta la UPU (a la que los correos nacionales debían reportar sus estadísticas de movimiento anual) no son siempre coincidentes en las cifras absolutas –la estadística postal estaba aún en proceso de estandarización– pero confirman las tendencias generales. Si observamos la curva de exportaciones argentinas a fines del siglo, vemos no solamente una clara expansión del movimiento de impresos, sino también la distinción del Uruguay en relación con los demás países de la región a los que se exportaba en cantidades importantes.

Gráfico 1. Paquetes de impresos despachados de la Argentina a Uruguay (negro), Chile (punteado) y Brasil (gris), 1887-1901



Fuente: elaboración propia a partir de Union Postale Universelle, *Relevé des Tableaux Statistiques du Service Postal International (Expédition)*, 1887-1901.

La tendencia excedía ampliamente el aumento de población en ambos puertos, por entonces revolucionada por la dinámica inmigratoria europea, un desarrollo mayúsculo que ambas ciudades tenían en común (Moya, 2018). En 1908, el censo uruguayo arrojaba un saldo de 300.000 habitantes para Montevideo (un tercio de la población total del país). Era un crecimiento notable con respecto al registro de 1860 (que había indicado 58.000 habitantes), pero mucho menor que el que acusaban los datos de Buenos Aires, que había saltado de 286.000 a 649.000 entre 1880 y 1895, y pasaba el millón y medio de habitantes en 1914, casi la mitad de ellos extranjeros (INE, 2021; Ciudad de Buenos Aires, 2010).

Combinada con vigorosas políticas educativas, la expansión poblacional modificaría profundamente el universo de lectores y el desarrollo de los mercados editoriales en ambas ciudades (Acree, 2013: 93-129; Prieto, 1988: 27-82).⁵

Las cifras del correo acompañaban con creces el crecimiento general e ilustraban de paso el lugar prioritario que cada mercado ocupaba en el otro. Pues si bien es claro que el consumo de impresos se modificaba gracias al acceso a suscripciones de ultramar (provenientes de Francia, Inglaterra o España, por ejemplo), los datos también apuntan a una intensificación de los circuitos transnacionales de corta distancia. Un comercio de impresos de gran escala se montaba sobre este sistema más regularizado y previsible, y sobre la premisa de que una porción considerable de los lectores de diarios y revistas publicados en una ciudad estaban *en la otra*.

Llama la atención, en este sentido, que en momentos en que el correo argentino estaba sumido en una lucha abierta por el cobro del porte al interior del país —a mediados de la década de 1870— no se pusiera en entredicho la gratuidad de la gestión de prensa hacia y desde el Uruguay, de volumen gigantesco y costos onerosos.⁶ Esa excepción se modificaría en las dos últimas décadas del siglo siguiendo los lineamientos de la UPU, siempre dentro del marco tarifario muy preferencial para publicaciones periódicas, de acuerdo con la ideología fundante de esta agencia, que no era otra que la que había cimentado la organización de los correos.⁷

Con toda su contundencia, no era el crecimiento del tráfico de impresos el único dato de un panorama transformado. El ir y venir de bolsas con cartas y periódicos se sumaba a los efectos de un vehículo mucho más rápido y liviano —instantáneo, inmaterial—, cuya eficacia para incidir en los regímenes de contenidos era evidente cada día en publicaciones que no necesitaban moverse para informar sobre las novedades ocurridas al otro lado del río.

⁵ Buenos Aires exhibía tasas de alfabetización singularmente altas: alrededor del 70% en 1895 y casi un 80% en 1914, fruto de políticas educativas muy deliberadas (Di Pietro y Tófolo, 2013). Entretanto, Uruguay acusaba en su censo de 1908 un 35% de analfabetos, distribuidos desigualmente entre locales y extranjeros (estos últimos representaban apenas el 13% del total de ese grupo). En ambos casos, las políticas educativas irían reduciendo esos márgenes, de por sí excepcionales en el marco de la región.

⁶ “Tarifa postal para el exterior”, *El Correo Argentino*, 17 de marzo de 1878, 2.

⁷ “Convenio concerniente a la intervención del correo en el abono y publicación periódico”; *Convenios*, p. 233. Con el ingreso a la UPU, la tarifa plana de distribución de impresos en Uruguay pasó a 2 centavos por ejemplar. Ambas partes, además, adhirieron a las reglamentaciones que prevenían el manejo directo de las suscripciones internacionales.

Buenos Aires y Montevideo fueron las primeras ciudades de la región conectadas por un cable, en 1866.⁸ La línea rioplatense —un cable subfluvial de Punta Lara a Colonia, completado con hilos de aire en ambos extremos— establecía una conexión instantánea *previa* a la puesta en marcha por los sistemas telegráficos nacionales, para acercar ciudades del mismo país: un dato expresivo de las prioridades y un ejemplo a futuro de los efectos que esta flamante tecnología reservaba en los énfasis conectivos (y desconectivos) que construían el espacio. Como explica Ariel Sar en su estudio de esta obra, la iniciativa se insertaba en el marco de las necesidades de la Guerra del Paraguay (1865-1870), que en aquel momento era prioridad de las agendas estatales (Sar, 2004: 92). Siendo esto así en momentos de urgencia informativa entre las capitales de la Triple Alianza, lo cierto es que esa formidable capacidad instalada extendió sus efectos en el largo plazo, mucho después de finalizada la contienda.⁹ Así lo entendían, seguramente, los invitados a las fiestas paralelas celebradas en cada orilla, cuyas alternativas fueron seguidas en tiempo real gracias a los mensajes alborozados que se iban transmitiendo mientras avanzaba el banquete (Quesada, 1866: 142-143).

La relevancia del precoz cable rioplatense no haría sino incrementarse con el desarrollo de las conexiones regionales y, en 1874, con la incorporación al sistema sudatlántico que conectaba con Europa.¹⁰ Los Estados nacionales descubrirían que esta estratégica conexión no era fácil de controlar, pues la

⁸ La conexión Buenos Aires-Rosario llegaría en 1868; las fragmentarias líneas existentes por entonces estaban destinadas a acompañar las vías del tren del Oeste. En Uruguay, la construcción de una red telegráfica nacional debería esperar más de dos décadas (Berthold, 1925: 1-3; Berthold, 1921: 3).

⁹ La obra fue llevada a cabo por los mismos equipos técnicos ingleses que construían cables submarinos en distintas regiones del planeta, que aportaban mano de obra, materiales y tecnología. La gestión del servicio quedaba en manos de la River Plate Telegraph Company, una empresa subsidiaria del naciente sistema transatlántico de cables, dominado por capitales ingleses. No obstante este rasgo (común a toda la red submarina de la época), cabe señalar que una porción considerable del capital para esta empresa provino de inversores sudamericanos, síntoma del interés en la obra y de la expectativa de beneficios que despertaba (Ahvenainen, 2004: 31-36).

¹⁰ La perspectiva de intensificación del uso del cable para transmisiones de larga distancia da cuenta de algunas mejoras en la obra inicial, como el reemplazo del tramo de aire (muy expuesto a cortes y daños en los inicios del servicio) por otro cable subacuático entre Colonia y Montevideo, lo que incrementaba el rendimiento del sistema. Este estatus estratégico explica también que en una incipiente ciudad de La Plata se desarrollara un proyecto de conexión propio a Montevideo, “que la pondría en comunicación directa con todos los países importantes del universo”. Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, Fondo Ministerio de Gobierno, Exped. 117/0, “Buratovich Santiago y Cía. propone establecer un cable submarino de La Plata a Montevideo”, foja 3v. Agradezco a Julia Bacchiaga el acceso a este documento.

transmisión de mensajes dependía de una sola empresa –la Compañía Telegráfica del Río de la Plata, asociada al conglomerado británico Pender, pero con nutridos capitales locales en su composición inicial– que resistía las demandas tarifarias de los correos nacionales.¹¹

Mientras tanto, la acumulación de funciones confirmaba la relevancia de esta línea y garantizaba su rendimiento económico a largo plazo (Ahvenainen, 2004: 34). Si bien hay poca información sobre el destino de los despachos internacionales, sabemos que en 1910 más de un tercio de los telegramas argentinos al exterior estaban destinados al Uruguay: 116.000 de un total de 313.000 (*Memoria*, 1913: 93).¹² De ese conjunto, el 10% era para la prensa, casi todo despachado de Buenos Aires a Montevideo (*Memoria de la Dirección General de Correos y Telégrafos 1910-11*: 109).

Semejantes cifras ponen al cable en el centro de la ecología informativa que regía el vínculo entre ambas ciudades. Y si bien no tenemos datos estadísticos previos a esas fechas, sabemos que casi medio siglo antes, cuando la telegrafía era una novedad de implicancias apenas comprendidas, su incorporación al sistema de comunicaciones ya era palpable en los diarios. Lo que siempre había estado cerca se acercaba aún más e inyectaba un efecto de intimidad sincrónica hecha del vaivén cotidiano de rumores políticos y minucia social. Un efecto adicional tocaba al acceso a la prensa europea, pues los resúmenes de los contenidos desembarcados en el otro puerto pronto colmarían la capacidad del hilo bajo las aguas del Plata. Así lo prueba el crecimiento del rubro “Noticias de Europa. De nuestro corresponsal en Montevideo” en los diarios de Buenos Aires de fines de la década de 1860, una rúbrica que probaba cada día que ya no era necesario

¹¹ Ante la imposibilidad de imponer a estos agentes las tarifas internacionales a las que aspiraban, los países de la región se veían en la necesidad de recurrir a pactos bilaterales para reducir la tasa de despachos. Tal era la “preocupación dominante” del jefe de Telégrafos Ojeda, cuyo proyecto de creación de una Liga Telegráfica Sud-Americana, expuesto en 1882, estaba destinado a ser “una de las mayores conquistas de la civilización en esta parte de América”. Aunque esta liga no se formalizó, el espíritu del proyecto reapareció en la Convención Telegráfica Argentina de 1890, cuyo apartado “Servicio Sudamericano” (art. 27) preveía que las transmisiones entre naciones no estarían regidas por tarifas internacionales, sino por precios equivalentes a los telegramas internos (Bases para la Convención Telegráfica Argentina, art. 27: “Servicio Sudamericano”; AGN, Fondo Correos y Telégrafos, Caja 2: 12).

¹² Notar que los telegramas recibidos no están contemplados en esta cifra. En contraste con las cifras del movimiento postal, la diferencia tarifaria entre puntos regionales y de larga distancia explica que el volumen de transmisiones a Uruguay fuera incomparablemente mayor que el de cualquiera de los países europeos que figuraban, junto con la República Oriental, entre los destinatarios principales de correspondencia.

esperar el arribo físico de diarios o reportes para alimentar la página. El cable introducía así una microaceleración de tiempos informativos de corta y larga distancia, en momentos en que la velocidad y la primicia despuntaban como criterios prevalecientes en el mercado de prensa.¹³

Rasgos de una intimidad informativa

Las páginas que siguen procuran prestar carnadura a las tendencias gruesas que marcan la estadística postal y telegráfica, y esbozan en el camino algunas hipótesis sobre las dinámicas del espacio informativo rioplatense en la era de la prensa moderna.

No es sencillo desandar el camino de deslindes entre las dos bandas del Plata, que podría remontarse a la década de 1870, con la evidencia creciente de la modernización periodística y el fin de la Guerra del Paraguay como tema político estructurante. Y tampoco conviene enfatizarlo, si tomamos nota del lugar de figuras formadas en el destierro oriental en las empresas emblemáticas de la renovación de los diarios de Buenos Aires. La observación no alude solamente a *La Nación* de Bartolomé Mitre y Juan M. Gutiérrez, el matutino nacido en 1869 y destinado a ser un emblema de la modernización periodística. También refiere a *La Tribuna* (1853-1884), diario fundamental de la nueva era, dirigido por los hermanos Héctor y Mariano Varela. Nacidos y criados en Montevideo, los Varela representaban el más puro linaje periodístico rioplatense, en su condición de hijos del referente máximo de la prensa del destierro, Florencio Varela, prestigioso director de *El Comercio del Plata* y mártir antirrosista asesinado en 1848 (Roman, 2003: 473-474). *La Tribuna* sería el diario de mayor circulación en la década de 1860. Y como otros de su tiempo –*El Nacional* (1852-1893) o *El Río de la Plata* (1869-1870) de José Hernández, órgano “de las opiniones y de los intereses de las dos Repúblicas del Plata”– ofrecería amplia cobertura de esa política facciosa con traducciones poco menos que lineales, allí donde la oposición entre batllistas y antibatllistas obligaba a los aliados del otro lado del río a pronunciarse por unos u otros y a explicitar su eventual alianza con

¹³ Una similar función de microaceleración cumplían los despachos con “Las balijas postales que vienen de Ultramar y el Brasil para nuestro país [que] son desembarcadas en Montevideo, y se espiden de allí a Buenos Aires por los vapores del servicio fluvial, llegando así la correspondencia a manos del público con anticipación a la llegada de los paquetes transatlánticos q la conducen hasta el Río de la Plata” (*Memoria del Ministerio del Interior*, 1887: 95).

representantes del gobierno colorado en Montevideo o con desterrados de los partidarios blancos en Buenos Aires (Halperín Donghi, 1985: 97, 140).

El propio diseño de las rúbricas de la prensa diaria manifiesta las vacilaciones en la definición del espacio informativo al que pertenecen estas novedades. En los principales diarios de las décadas de 1860 y 1870, la disposición de la crónica política sugiere la atribución de un estatus entre lo local y lo “extranjero”, que coloca los contenidos llegados de la otra orilla en una zona intermedia. En Buenos Aires, las extensas noticias tituladas “República Oriental” o “Estado Oriental” tienen un encuadre que es singular tanto en volumen como en colocación, y suelen mantenerse separadas de la rúbrica “Exterior” de la que a todas luces no eran consideradas merecedoras. En *El Siglo* de Montevideo, por su parte, la lista de novedades de “Buenos Aires” suele mezclarse con las del extranjero.

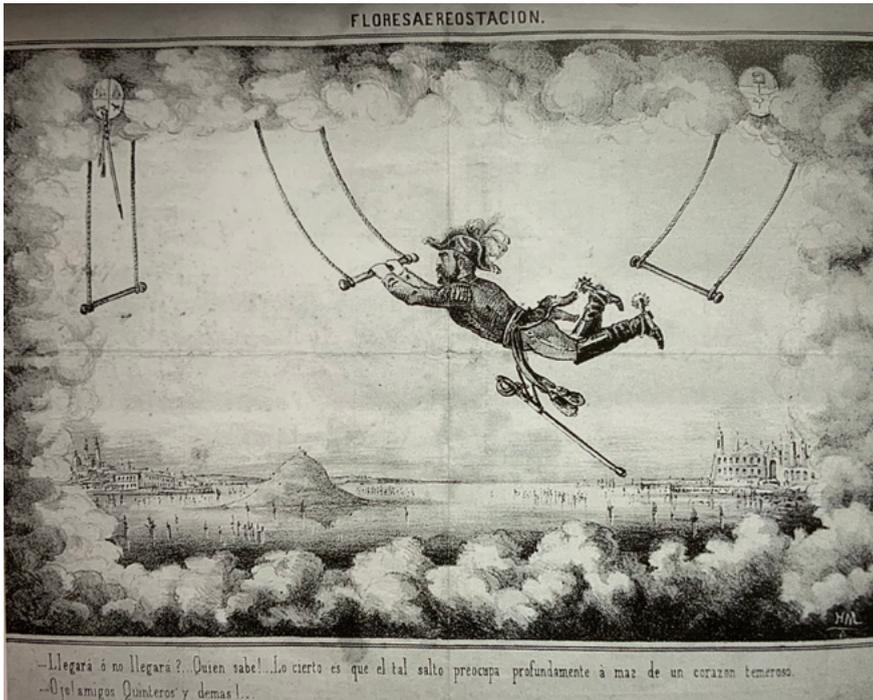
El catálogo de la prensa diaria post-Caseros disponible en las bibliotecas nacionales de la Argentina y de Uruguay es otro indicador de la persistencia del Plata como marco natural de emprendimientos editoriales, evidente en los mismos títulos: *Revista del Plata* (Buenos Aires, 1853), *El Heraldo del Plata* (Buenos Aires, 1856), *Le Courier de la Plata* (Buenos Aires, 1865), *Mercantil del Plata* (Montevideo, 1868-69), el ya mencionado *El Río de la Plata*, *Revista del Río de la Plata* (Buenos Aires, 1871-1877), *El Plata Ilustrado* (Buenos Aires, 1871-1873) o *La Ilustración del Plata* (Montevideo, 1887), entre tantos otros. No sorprende, pues, que el advenimiento de las revistas ilustradas, tributarias de los grandes avances técnicos del impreso entre las décadas de 1870 y 1890, guardara ese mismo horizonte de circulación.

Eduardo Romano ha revisado este nutrido corpus en *Revolución en la lectura*, su libro sobre las primeras revistas satírico-burlescas e ilustradas rioplatenses (Romano, 2004). De su análisis, y de otros interesados en la dimensión gráfica del fenómeno, se desprende la importancia que tuvieron estos géneros en la modernización periodística de la región, así como el lugar descollante en ese proceso de los artistas inmigrados de Europa (los españoles en particular, con anticlericales y anarquistas en la línea más prominente) (Malosetti Costa, 2005). También surge de allí la interconexión entre publicaciones en ambos bandos del río, por lo que es fácil encontrar colaboradores de un lado en los emprendimientos del otro, diálogos salpicados y vínculos amistosos incluso entre publicaciones muy distintas, como la ambiciosa *Ilustración Argentina* y el semanario satírico *El Negro Timoteo* (1876-1901) (Romano, 2004: 91).

Observado con las preguntas que guían nuestro recorrido, este universo también permite distinguir los signos de una incipiente redefinición en los términos de esta vecindad. Tomemos el caso del popular semanario satírico *El Mosquito* (1863-1893). Nacido en Buenos Aires en vísperas de la Guerra

del Paraguay y muy concentrado en la actualidad política, sus caricaturas comentaban las mismas actualidades de las que hablaban los diarios, y por fuerza incluían en sus comienzos personajes de la Banda Oriental, Brasil y el Paraguay. La gran caricatura de Venancio Flores invadiendo Montevideo como un acróbata que cruzaba el río desde un trapecio, obra de Henri Meyer, es un ejemplo de la expectativa que despertaba el evento, apoyado por el partido gobernante porteño.¹⁴ Por lo demás, el núcleo de dibujantes que controlaba la revista en sus inicios (al frente del cual estaba Meyer) guardaba vínculos estrechos con la importante colonia francesa montevideana, e incluyó desde muy temprano a esta ciudad en el circuito de distribución (Roman, 2017: 38, 64).

Imagen 1. FloresAereoestación



Fuente: *El Mosquito*, 7 de junio de 1863, p. 3.

Epígrafe: “Llegará ó no llegará?... Quién sabe!... Lo cierto es que el tal salto preocupa profundamente à más de un corazón temeroso. / Ojo! amigos Quinteros y demás!...”.

¹⁴ *El Mosquito*, 7 de junio de 1863, p. 3.

A mediados de la década siguiente, los personajes y episodios tematizados en las desopilantes galerías de escenas que ocupaban la sección central referían a las actualidades argentinas, con alusiones ocasionales a la política uruguaya (tal el resultado de una elección especialmente tumultuosa, por ejemplo).¹⁵ Montevideo seguía estando muy cerca, sin duda, y de ello dan testimonio las frecuentes breves obtenidas de diarios de esa ciudad, y la inserción de comentarios de montevideanos residentes en Buenos Aires, conocedores de la trama íntima del otro lado del río. Pero esa presencia se volvía más dispersa y marginal en la agenda.

Tomar nota de la pérdida de intensidad de esta referencia implica reconocer el nuevo lugar que las actualidades uruguayas ocupaban en el horizonte informativo porteño, en el marco de diferenciación creciente de las actualidades políticas. A la vez, el detalle permite vislumbrar razones nuevas para incluir estos contenidos, razones distintas de las filiaciones facciosas, a saber: la emergencia de un mercado editorial de amplitud creciente, en el que la presencia de las actualidades de Montevideo era un gesto hacia los suscriptores en esa ciudad. Separadas crecientemente las esferas nacionales, inmerso cada público en el espectáculo de su propia peripecia del poder, estas escenas pueden leerse como síntoma de circulaciones que se ampliaban, de la mano de la expansión de los sistemas de suscripción y la creciente venta de números sueltos en la calle.¹⁶ Las indicaciones de venta ofrecen las claves de la geografía considerada a mediados de la década: un precio para “Buenos Aires y Campaña”, y otro, con un agregado de pocos centavos, para “Provincias y Uruguay”. Que una revista concentrada tan intensamente en la escenificación de las alternativas facciosas porteñas encontrase mercados en sociedades que tenían cada vez menos razones para considerar esos avatares como problemas propios es también signo de una irradiación que dejaba de explicarse por la política y le debía cada vez más al poder editorial.

Similares indicios surgen de las publicaciones ilustradas florecientes en el fin del siglo, como *La Ilustración Sud-Americana*, uno de los más duraderos emprendimientos en su género. Fundada y dirigida por el pintor e ilustrador español Rafael Contell en 1892, confirmaba el lugar prominente de los artistas españoles en esta renovación. Desde su sede en Buenos Aires, esta revista “de cobertura sudamericana” mantendría una fuerte apoyatura porteña en sus elencos, su agenda cultural y política, y sus zonas publicitarias (Romano, 2004: 117-130). Poco después nacía una versión quincenal en Montevideo

¹⁵ *El Mosquito*, 31 de enero de 1875, p. 3.

¹⁶ En la década de 1870, *El Mosquito* emprendía reformas modernizadoras que incluían una distribución más ambiciosa (Roman, 2017: 112-113).

con la misma dirección de oficinas en la calle Viamonte de Buenos Aires y el mismo elenco editor (Contell y Francisco Conte), allí radicado. Más allá de los contenidos compartidos, esta segunda versión del quincenario incorporaba elementos específicos como la sección de “Notas teatrales”, grabados con retratos de figuras de la historia y la política orientales, un breve resumen de “Notas uruguayas” sobre actualidad y una importante columna fija (más de una página) de “Chismografía social” firmada por Bebé y dedicada a anécdotas de la alta sociedad montevideana, kermesses de beneficencia y matrimonios mal avenidos. En toda evidencia, Contell concebía su empresa como un producto para ambos mercados, conectados en su base y a la vez diferenciados en sus demandas informativas y de entretenimiento. Mientras tanto, la revista satírica *Don Quijote* (1884-1905), publicada en Buenos Aires bajo la dirección del talentoso dibujante español Eduardo Sojo, conocería –ella también– una efímera versión uruguaya, *El Quijote Oriental* (1888). Y a partir de 1891, inauguraba en su edición original (porteña) una sección fija de “Cosas uruguayas”, firmada por Maese Nicolás (Roman, 2017: 255 y ss.; Boyadjian, 1999). Que la casa matriz de ambos proyectos estuviera firmemente afincada en Buenos Aires y que la versión original fuese la más ambiciosa y duradera son síntomas que suman a las líneas gruesas de una dinámica emergente.

Caras y Caretas, la más exitosa empresa editorial de fin de siglo, tendría su propia genealogía rioplatense. Nacida en 1890 en Montevideo bajo la dirección del español Eustaquio Pellicer, tuvo una importante primera etapa en esa ciudad (1890-1897) (Romano, 2004: 109-114). Con un vistoso despliegue de ilustración satírica de figuras de la política y gusto por la escritura burlesca, se mantuvo como una revista eminentemente uruguaya en su horizonte de temas. No obstante su éxito, al cabo de esta experiencia Pellicer decidió trasladarse a Buenos Aires para fundar allí, en 1898, una segunda *Caras y Caretas*, destinada a durar tres décadas y a revolucionar las prácticas de lectura, el acceso a la ilustración y la fotografía impresa (Romano, 2004: 181-285; Rogers, 2008; Szir, 2009). La extraordinaria combinación de recursos que desfilaba en sus páginas haría gran fortuna entre los lectores del común en la muy crecida capital argentina. Y las tiradas pronto reflejarían una cualidad masiva que la despegó de sus predecesoras: los 10.000 ejemplares de su primer número eran 80.000 en 1904, 106.000 en 1907 y 110.000 en 1910. Ese año, la edición especial por el centenario de la emancipación nacional tiró más de 200.000 ejemplares, la mitad vendidos en Buenos Aires (Szir, 2011: 68).

Como en otros casos, el éxito de la nueva *Caras y Caretas* debió mucho al talento de inmigrantes ibéricos: Manuel Mayol, socio de Pellicer en la em-

presa, sería el autor de muchos dibujos satíricos de tapa, y José María Cao, el retratista de una célebre galería de personajes de época. Luego se incorporaron periodistas locales de experiencia (el más célebre entre ellos sería José S. Álvarez, el ya popular Fray Mocho). Que el semanario circulaba en Montevideo se desprende de muchos elementos, comenzando por los detalles en relación con el exclusivo agente corresponsal allí apostado, y el precio de los ejemplares que se vendían sueltos en esa ciudad, ejemplares que se consumían *por fuera* de las suscripciones fijas, un dato que marcaba (como en los diarios más modernos) la tendencia hacia la diversificación en los modos de acceso.

La nueva *Caras y Caretas* puso su plétora de recursos gráficos al servicio de un caleidoscopio de temas, que iba de la noticia internacional al chisme local, de la política al crimen y la catástrofe urbana. En ese conjunto, la actualidad uruguaya era una pieza estable. Los materiales sobaban, al parecer: “En la imposibilidad de publicar todas las notas que nuestro corresponsal uruguayo nos envía, condensaremos los acontecimientos más importantes de la vida social montevideana”, aclaraba la revista.¹⁷ Vale la pena detenerse en esta disculpa, que además de confirmar el caudal informativo cotidiano que cruzaba el río, sugería un viraje en la naturaleza de esa información.

Las “Actualidades del Uruguay” –como las de Francia, Italia o España, entre las más recurrentes– eran misceláneas fotográficas acompañadas de breves epígrafes. Tal como describía el corresponsal su objeto de cobertura, se trataba la más de las veces de imágenes “de la vida social montevideana”: bailes de presentación en sociedad de beldades de la élite, bautismos y casamientos, partidas y regresos de viaje de figuras prominentes, vistosos funerales y eventos de beneficencia, picnics y concursos de belleza. Un gesto a los lectores orientales, sin duda, como en otras inserciones ya mencionadas. Pero el énfasis también sugiere un nuevo tipo de vecindad informativa. Si los diarios de la década de 1860 consignaban trivias sociales transmitidas por telégrafo desde la otra orilla, en la era de las revistas ilustradas, esta menudencia era materia para una vidriera mucho más vistosa. Quién era quién, quién se casaba con quién, cuáles eran sus costumbres, cuáles las modas que adoptaban: esta información tenía relevancia de primer orden en la revista más masiva. Así, los antiguos vínculos tramados en el plano de redes personales de la élite reaparecían en el nuevo género de la nota de sociedad transnacional-regional, en escenas ofrecidas a miles de lectores-espectadores muy por fuera de esos círculos. Si sumamos a este caudal las ocasionales coberturas de los devenires de la alta sociedad chilena, con fotos

¹⁷ *Caras y Caretas*, 11 de noviembre de 1899, s/p.

provenientes de Santiago y Valparaíso, se desprende que la vecindad informativa iba componiendo un horizonte de región que tenía una sede en la prensa ilustrada más masiva y un importante elemento de chisme y voyeurismo social.

Un ítem especial de estas coberturas sacaba partido de la temporada balnearia en momentos en que fotos y relatos de Mar del Plata (donde *Caras y Caretas* tenía otra corresponsalía especial) se combinaba con entregas ocasionales sobre las playas orientales. Con una agenda de contenidos explícitamente concebida para representar los temas de la región, *La Ilustración Sud-Americana* se hacía eco de este interés también, a juzgar por el lugar de privilegio que los editores atribuían a las menudencias de baños y paseos en las aristocráticas playas marplatenses.¹⁸

Un vistazo a los contextos de inserción de la expandida nota de sociedad sugiere que se trataba, en verdad, de un cambio más general en los criterios informativos, perceptible en numerosos periódicos ilustrados de fin del siglo. Una vez más, era en *Caras y Caretas* donde la tendencia encontraba su expresión más extrema. Tanto en la selección de textos como en el repertorio gráfico, el criterio de inclusión viraba hacia el espectáculo de la noticia, entendida esta en su sentido más amplio, el sentido que, en su clásico estudio, Robert Park le adjudicaba como modo de conocimiento: esa unidad breve y dispersa, que remite a lo asombroso, lo que llama la atención, o simplemente produce curiosidad e invita a la conversación (Park, 1940). Este criterio explica el lugar que en las actualidades uruguayas publicadas en la Argentina tenían también los casos policiales (estafas, homicidios) y el interés reiterado en la catástrofe urbana (incendios, derrumbes, accidentes, inundaciones). Tal era, en efecto, el repertorio que traía a Montevideo la atención de los consumidores de *Caras y Caretas* en Buenos Aires. Siempre intensa, la vecindad informativa había ingresado en la nueva lógica de producción y selección que se componía con una miscelánea más heterogénea y permisiva en sus criterios.

¹⁸ LIS, 1º de febrero de 1899, p. 48.

Imagen 2. Actualidad uruguaya: “El fusilamiento del parricida Cháñez”, “Montevideo social”



Fuente: *Caras y Caretas*, 30 de diciembre y 16 de septiembre de 1899.

¿Significa esto que la política se había disuelto, a fin del siglo, como principal narrativa de actualidad conectando ambas orillas? Sumergida en un repertorio tan vasto y variado de materiales, crecientemente autonomizada en lógicas locales propias, la lucha partidaria tenía un lugar menos exclusivo en la consideración de lo relevante, no hay dudas sobre esto. Por lo demás, el espacio que *Caras y Caretas* concedía a la política estaba regido por el mismo criterio que gobernaba las demás informaciones, en las que la primacía del espectáculo era central (*meetings* callejeros, grandes celebraciones patrias, fastuosas visitas de Estado, etc.). Esto no significa que otras dimensiones de la vida pública estuvieran ausentes, sino más bien que circulaban por otros medios.

Hemos mencionado el seguimiento de actualidades que provenían de las corresponsalías telegráficas y aterrizaban cada día en esa columna de estatus ambiguo entre lo local y lo “exterior”. A medida que se desarrollaban los mercados de prensa respectivos y la ola inmigratoria y el cambio socioeconómico mostraban sus efectos, un tipo de oferta más segmentada se agregaba a aquellos

reportes. Era la que daba expresión a entidades solidarias más jóvenes nacidas del influjo de corrientes políticas y sociales modernas, y a filiaciones étnicas propias de la nueva estructura demográfica.

A partir de la reconstrucción de redes de cartas y publicaciones muy diversas, un corpus de trabajos recientes ha echado luz sobre la incidencia de la corriente inmigratoria europea en los circuitos de la comunicación del Atlántico sudamericano. Sirviéndose de las infraestructuras diseñadas en décadas previas, miles de inmigrantes (italianos y españoles en particular) cultivarían contactos de todo tipo y construirían la base de una nueva “región”, que además de los dos grandes puertos rioplatenses incluía ciudades como Rosario y centros urbanos del Brasil, como San Pablo y Porto Alegre (Goebel, 2012). El tradicional circuito informativo rioplatense quedaba subsumido, así, en un espacio cuyas líneas de vinculación imbricaban agendas políticas y gremiales con identidades étnicas, nacionales y lingüísticas. Hubo un “Atlántico sur italiano”, muestra John Galante, cuyo trabajo sobre la prensa de las comunidades de inmigrantes y la movilización en tiempos de la Primera Guerra ilustra por fuera de toda duda la entidad de “El Plata” como referencia para los originarios de ese país (Galante, 2016: 72-108).

En ese marco se inscribía el expandido universo de la prensa obrera, que reflejaba el desarrollo de nuevos públicos lectores en las “ciudades proletarias” rioplatenses –en palabras de Mirta Zaida Lobato– definidos por su pertenencia de clase y una militancia en torno a las causas de la comunidad socio-ocupacional (Lobato, 2009). A la prolífica prensa gremial se agregaba el vasto universo de publicaciones anarquistas, socialistas y comunistas, que en el cambio del siglo circularon en abundancia entre las fronteras sudamericanas y encontraron en el marco rioplatense un ámbito particularmente hospitalario (Lobato, 2009; Delgado, 2017; Caetano, 2019: 142). La lista podría ser muy larga, e implica adentrarse en las redes ideológicas de la izquierda y derecha contemporáneas. Importa señalar más bien que, en el cambio del siglo, los nuevos activismos se desarrollaron con frecuencia en sintonía, por encima de las separaciones nacionales y de las especificidades de la política partidaria.

Para entonces, la sumatoria de líneas parciales de comunicación e intercambio se había capilarizado en un sinfín de sedes, con cauces acotados y específicos. En paralelo a los fenómenos editoriales de gran escala, los catálogos bibliográficos dan cuenta de los hilos más discretos de esa trama, alimentada de publicaciones culturales y artísticas, religiosas y anticlericales, científicas y espirituales, sin mencionar los densos circuitos de impresos técnico-estatales (Navarro Viola, 1886-1887, 1896).

Junto con las inflexiones de una vecindad modernizada en sus canales de comunicación, las huellas del proceso en marcha van confirmando la creciente asimetría de las dinámicas. Si en las décadas de 1880 y 1890 los inmigrantes europeos con inquietudes empresariales en el mundo de la edición oscilaban entre una orilla y otra, en el inicio del nuevo siglo el plano se había inclinado irreversiblemente hacia Buenos Aires, devenida a esas alturas el polo periodístico y editorial más importante de la región. Allí se concentraba la mayor cantidad de títulos de prensa (unos 279 en 1896), un corpus que incluía muchos diarios, entre los que figuraban los más ambiciosos y poderosos de Sudamérica. Los servicios de corresponsalía de estas grandes empresas eran percibidos por las agencias globales como jugadores de peso en el mercado informativo, capaces de competir exitosamente en el mercado de la región. A la dilatada circulación de impresos cabe agregar, entonces, la intervención de los corresponsales de tantas ciudades del continente (y del interior), cuyo resumen de las novedades (europeas o regionales) era “levantado” de los titulares de cada mañana para ser telegrafiado a sus remotas redacciones. Los datos de transmisión son expresivos de este uso de la tecnología: en 1910, los mensajes despachados de Buenos Aires a las provincias con estatus “para diarios” representaban el triple de los recibidos en ese rubro.¹⁹ Y los despachados a destinos internacionales eran el doble de los que llegaban por las mismas líneas (*Memoria*, 1912: 109-110).²⁰ Esto sugiere un efecto multiplicador en un esquema crecientemente centralizado, a partir del cual un núcleo sustantivo de contenidos se transmitía cada día desde la capital argentina para ser diseminados en diarios de todo el país y más allá de sus fronteras.

Con el tiempo, la concentración de recursos daría pruebas de su influjo en los principales emprendimientos del espacio rioplatense. Hemos mencionado ya el desplazamiento de Pellicer y su afortunado relanzamiento de *Caras y Caretas* en la orilla occidental del río. Otros personajes destinados a devenir grandes figuras del mundo editorial seguirían sus pasos. Constancio Vigil, por ejemplo, trasladaba tempranamente su proyecto iniciado con considerable éxito

¹⁹ Según el *Anuario de la Prensa Argentina*, de Jorge Navarro Viola (1897: 118 y 11), la geografía de los diarios publicados en el país ya acusaba, a fines del siglo, una fuerte concentración en la ciudad y en la provincia de Buenos Aires (28 y 17 diarios respectivamente), seguidas de lejos por la prensa en el resto de las ciudades del interior. Los mecanismos de circulación informativa entre el polo porteño y dichas ciudades, y entre ciudades de las regiones respectivas, aún necesitan de investigaciones capaces de reconstruir estas líneas en sus lógicas prevalecientes.

²⁰ Cabe recordar que estas cifras consignan el tráfico gestionado por el correo y no incluyen los despachos directos de las empresas de cable.

en Montevideo con *La Alborada* (1896-1903). En 1904 lanzaba *Pulgarcito* en Buenos Aires, modesto primer eslabón de una larga cadena de iniciativas destinadas a revolucionar el mercado de la prensa del entretenimiento, que en pocos años lo convertiría en líder del mercado masivo de revistas y en rector de los consumos culturales de amplios sectores de las clases medias en ascenso (Eujanián, 1999; Bontempo, 2012). Introdutora de la segmentación por sexo y edad en publicaciones tan emblemáticas como *Billiken*, *Para Ti* y *El Gráfico*, su editorial Atlántida (fundada en 1918) desplazaría los *magazines* de misceláneas como *Caras y Caretas* y conquistaría un mercado que excedió ampliamente las fronteras argentinas (Bontempo, 2012: 79, 186 y ss.).

Mientras tanto, otro uruguayo revolucionaba el mundo de los diarios. Natalio Botana llegaba a Buenos Aires huyendo de conflictos políticos y trayendo consigo un intenso paso por el estimulante mundillo de la bohemia periodística y cultural de Montevideo. De inmediato manifestó interés por la vertiginosa arena del periodismo y comenzó como reportero en el tradicional *El Diario*, para continuar en publicaciones representativas de la modernización del campo de principios del siglo: *La Razón*, *Última Hora*, *PBT*. En 1913 fundaba *Crítica*, destinado a convertirse en emblema de toda una era del periodismo y la cultura: el más vital, más disruptivo y más creativo, y acaso también el más porteño en su tono y su punto de vista. Centro de un vertiginoso mundo político y cultural, la empresa de Botana quedaría asociada a su nombre; y su nombre, a un momento prodigioso del periodismo rioplatense de los años veinte (Abós, 2001: 33-63; Saítta, 2013).

Consideraciones finales

Pellicer, Vigil, Botana: la descollante tríada demuestra la persistencia de un mundo del impreso que, en el temprano siglo XX, seguía construyéndose con figuras de ambas orillas del Plata. Sin la menor duda, el linaje periodístico rioplatense perduraba y seguía siendo más fuerte que el que ligaba Buenos Aires con muchas ciudades del interior argentino. Pero la serie también da cuenta de la transformación en las lógicas dominantes de esa trama, tan lejos de las escalas y modalidades originales. Las fuerzas que habían pasado a regirlo eran tributarias de procesos muy amplios y muy propios del avanzado siglo XIX: la construcción de sistemas estatales de comunicación transfronteriza, la afirmación de demarcaciones nacionales, el cambio demográfico, entre otros. La marca del exilio montevideano antirrosista, tan pregnante en los orígenes de la modernización

de la prensa de Buenos Aires de las décadas de 1860 y 1870, se iría disipando. Y aquella urdimbre informativa, con sus intensos sobreentendidos políticos y sus resonancias de familia, daría lugar a un mercado de consumo masivo de impresos destinado a públicos amplios y extraordinariamente diversos.

La impronta de la ola inmigratoria sería profunda en el mundo editorial, al inyectar una corriente de emprendedores que aportarían valiosos saberes y experiencias allí donde las condiciones fueran más hospitalarias para sus proyectos. Regida crecientemente por la lógica selectiva de la noticia, la vecindad se iría perfilando por la vía de muchos temas, incluyendo la miscelánea de informaciones sensacionales, el entretenimiento y la cobertura siempre curiosa de los hábitos de las élites. Mientras tanto, la conversación política se extendía de los grandes diarios y la lucha partidaria al mundo de las publicaciones sectoriales, que a través del río cimentaban lazos entre activismos de todo tipo y comunidades identitarias étnicas y sociales.

A fines del siglo, el proceso estaba completo en sus líneas principales y no haría más que seguir su curso en lo sucesivo. Aquella certera percepción de Zinny en los albores de la expansión modernizadora sobre la cualidad indisociable de la prensa de los dos grandes puertos no había perdido su núcleo de verdad. Pero ya no se trataba del vínculo periodístico nacido de una trama de alianzas políticas y sociales, sino del vasto mercado del impreso, producto de ese ciclo transformador que apenas se iniciaba en el momento de aquella recensión. Allí, el poder de Buenos Aires estaba destinado a hacerse sentir con fuerza creciente, como el imán organizador de un sistema que abarcaba a Montevideo, entre muchas otras ciudades. En este proceso, los empresarios editoriales de esta ciudad habían encontrado un aliado clave en el Correo nacional, y no sorprende que los delegados argentinos al Congreso Postal Sudamericano (Montevideo, 1910) se presentaran como portaestandartes de “nuestros importantes diarios y revistas que hacen honor al periodismo argentino” para conseguir “su difusión en el Continente” (*Memoria del Ministerio del Interior*, 1911: 302). Para entonces, Buenos Aires ya era una gran exportadora de impresos hacia el interior de la Argentina y otras capitales sudamericanas. Si tantos periodistas y editores uruguayos se destacaron en la brillante constelación de los tempranos 1900, sus trayectorias estarían regidas por el magnetismo que sobre ellas ejercía la capital informativa, periodística y editorial de la región.

Fuentes inéditas

Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Correos y Telégrafos, Caja 2, “Bases para la Convención Telegráfica Argentina”.

Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto (AMREC), *Convención Postal celebrada con el gobierno de la República Oriental del Uruguay*, 14 de junio de 1865.

Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, Fondo Ministerio de Gobierno (1880). Exped. 117/0, “Buratovich Santiago y Cía. propone establecer un cable submarino de La Plata á Montevideo”.

Fuentes publicadas

Publicaciones del Estado

Antecedentes administrativos de Correos y Telégrafos (1890, 1892, 1893, 1894). Buenos Aires: Empresa “La Nueva Universidad”.

Anuario de Correos y Telégrafos, 1864, 1864, 1877-1879.

Ciudad de Buenos Aires, *Población total censada por sexo y origen según grupo de edad. Años 1855-2010*. Disponible en: <https://www.estadisticaciudad.gob.ar/eyc/?p=79199>. Consultado el 10 de marzo de 2021.

Instituto Nacional de Estadística, Uruguay, *Variables estadísticas relevantes durante el siglo XX. Educación y capacitación*. Disponible en: <https://ine.gub.uy/documents/10181/35704/Variables+Estad%C3%ADsticas+Relevantes+Durante+el+Siglo+XX+-+4+Educaci%C3%B3n+y+Capacitaci%C3%B3n.pdf/fe552325-ec0e-49db-af41-307a87102ab3>. Consultado el 8 de marzo 2021.

Instituto Nacional de Estadísticas, Uruguay, *Censos 1852-2011*. Disponible en: <https://www.ine.gub.uy/censos-1852-2011>. Consultado el 8 de marzo de 2021.

Memoria de Correos y Telégrafos correspondiente al año 1884 (1885). Buenos Aires: Imprenta de Pablo E. Coni.

Memoria de Correos y Telégrafos correspondiente al año 1882 (1883). Buenos Aires: Imprenta de Biedma.

Memoria presentada al Congreso Nacional del Ministerio del Interior 1887 (1887), Buenos Aires: Imprenta de La Tribuna.

Memoria de la Dirección General de Correos y Telégrafos presentada al Ministerio del Interior 1910-1911 (1912). Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora “Juan Alsina”.

Memoria del Ministerio del Interior 1910-1911 (1911). Buenos Aires: Imprenta y casa Editora “Juan Alsina”.

Ministerio del Interior (1901). *Legislación Postal y Telegráfica. Convenciones-Reglamentos-Administración, 1858-1900. Publicación Oficial*. Buenos Aires: Talleres Tipográficos de la Penitenciaría Nacional.

Fuentes periódicas

Caras y Caretas (Montevideo, 1890-1897)

Caras y Caretas (Buenos Aires), 1898-1900.

El Mosquito, 1863, 1875.

La Ilustración Sud-Americana (Buenos Aires), 1892-1900.

La Ilustración Sud-Americana (Montevideo), 1894-1895.

Navarro Viola, Alberto (1885-1887). *Anuario Bibliográfico de la República Argentina*. Buenos Aires: Imprenta Biedma.

Navarro Viola, Jorge (1897). *Anuario de la prensa argentina*. Buenos Aires: Imprenta Coni e Hijos.

Union Postale Universelle (UPU), *Statistique Général, Service Postal publiées par le Bureau International*. Berna: Imprimerie Suter & Lierow, 1887-1900.

Bibliografía

Abós, Álvaro (2001). *El tábano. Vida, pasión y muerte de Natalio Botana, el creador de Crítica*. Buenos Aires: Sudamericana.

Acree, William (2011). *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910*. Buenos Aires: Prometeo.

- Ahvenainen, Jorma (2004). *The European Cable Companies in South America Before the First World War*. Helsinki: The Finnish Academy of Sciences and Letters.
- Batticuore, Graciela (2011). *Mariquita Sánchez. Bajo el signo de la revolución*. Buenos Aires: Edhasa.
- Bergel, Martín (2015). *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Berthold, Víctor (1921). *History of the Telephone and Telegraph in the Argentine Republic 1857-1921*. Nueva York: s/ed.
- (1925). *History of the Telephone and Telegraph in Uruguay 1886-1925*. Nueva York: s/ed.
- Blumenthal, Edward (2019). *Exile and Nation-State Formation in Argentina and Chile, 1810-1862*. Londres y Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Bontempo, Paula (2012). *Editorial Atlántida. Un continente de publicaciones (1918-1936)*. Tesis doctoral en Historia. Victoria: Universidad de San Andrés.
- Bose, Walter B. L. (1967). *Historia de las comunicaciones*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Boyadjian, Carlos (1999). “Don Quijote”. En AA. VV., *Historia de Revistas Argentinas*, t. III, pp. 89-122. Buenos Aires: Asociación Argentina de Editores de Revistas.
- Britton, John (2013). *Cables, Crises and the Press. The Geopolitics of the New International Information System in the Americas, 1866-1903*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Caetano, Gerardo (2019). *Uruguay. Historia mínima*. México: El Colegio de México.
- Caimari, Lila (2015), “El mundo al instante. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900)”. *Redes. Revista de Estudios Sociales de Ciencia*, vol. 40, pp. 125-146.
- (2018). “En el mundo-barrío. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios sudamericanos del siglo XIX”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 49, julio, pp. 81-116.

- (2019). “Derrotar la distancia. Articulación al mundo y políticas de la conexión en la Argentina, 1870s-1910s”. *Estudios Sociales del Estado*, vol. 15, n° 10, pp. 128-167.
- Delgado, Leandro (2017). *El anarquismo en el novecientos rioplatense*. Montevideo: Estuario.
- Eujanián, Alejandro (1999). *Historia de revistas argentinas, 1900-1950. La conquista del público*. Buenos Aires: Asociación Argentina de Editores de Revistas.
- Galante, John (2016). *Distant Loyalties. World War I and the Italian Atlantic*. Tesis doctoral, Pittsburgh University.
- Goebel, Michael (2013). *Overlapping Geographies of Belonging: Migrations, Regions, and Nations in the Western South Atlantic*. Washington: American Historical Association.
- Di Pietro, Susana y Tófaló, Ariel (coords.) (2013). *La situación educativa a través de los censos de población*. Buenos Aires: Ministerio de Educación, Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- Halperín Donghi, Tulio (1985). *José Hernández y sus mundos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Johansson, María Lucrecia (2017). *La gran máquina de publicidad. Redes transnacionales e intercambios periodísticos durante la guerra de la Triple Alianza (1864-1870)*. Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía.
- Jumar, Fernando (2012). “La región del Río de la Plata y su complejo portuario durante el Antiguo Régimen”. En Fradkin, Raúl (dir.), *Historia de la Provincia de Buenos Aires*, t. 2. *De la conquista a la crisis de 1820*. Buenos Aires: Unipe/Edhasa.
- Lobato, Mirta Zaida (2009). *La prensa obrera. Buenos Aires y Montevideo, 1890-1958*. Buenos Aires: Edhasa.
- Lyall, Francis (2011). *International Communications. The International Telegraphic Union and the Universal Postal Union*. Burlington, Vermont: Ashgate.
- Malosetti Costa, Laura (2005). “Los ‘gallegos’, el arte y el poder de la risa”. En Aznar, Yayo y Wechsler, Diana (comps.), *La memoria compartida. España y la Argentina en la construcción de un imaginario cultural (1898-1950)*, pp. 245-270. Buenos Aires: Paidós.

- Míguez, Eduardo (2018). *Bartolomé Mitre. Entre la nación y la historia*. Buenos Aires: Edhasa.
- Moya, José (2018). “Migration and the Historical Formation of Latin America in a Global Perspective”. *Sociologías*, vol. 20, n° 49, pp. 24-68.
- Myers, Jorge (1998), “La revolución de las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentina”. En Goldman, Noemí (dir.), *Revolución, república, confederación (1806-1852)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Ojeda, Alejandra (2016). *La incorporación sistemática de la imagen visual a la prensa diaria argentina. El caso paradigmático del diario La Nación entre 1894 y 1904*. Tesis doctoral, Facultad de Periodismo, Universidad Nacional de La Plata.
- Prieto, Adolfo (1988). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Quesada, Vicente (1866). “El telégrafo eléctrico submarino entre Montevideo y Buenos Aires”. *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, año IV, n° 41.
- Park, Robert (1940). “News as a Form of Knowledge: A Chapter in the Sociology of Knowledge”. *American Journal of Sociology*, vol. 45, n° 5, pp. 669-686.
- Rogers, Geraldine (2008). *Caras y Caretas. Cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo XX argentino*. La Plata: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.
- Roman, Claudia (2003). “Tipos de imprenta. Linajes y trayectorias periodísticas”. En Schwartzman, Julio (dir.), *La lucha de los lenguajes. Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 2, pp. 369-384. Buenos Aires: Emecé.
- (2010). “La modernización de la prensa periódica, entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)”. En Laera, Alejandra (dir.), *El brote de los géneros, Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 3, pp. 15-38. Buenos Aires: Emecé.
- (2017). *Prensa, política y cultura visual. El Mosquito (Buenos Aires, 1863-1893)*. Buenos Aires: Ampersand.

- Romano, Eduardo (2004). *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*. Buenos Aires: Catálogos-El Calafate.
- Sáitza, Sylvia (2013). *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sar, Rodolfo Ariel (2004). *Los orígenes de las telecomunicaciones en la Argentina, 1853-1890*. Tesis doctoral, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.
- Servelli, Martín (2018). *A través de la República. Corresponsales viajeros en la prensa de entresiglos (XIX-XX)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Szir, Sandra (2009). “Entre el arte y la cultura masiva. Las ilustraciones de la ficción literaria en *Caras y Caretas* (1898-1908)”, En Malosetti Costa, Laura y Gené, Marcela (comps.), *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*, pp. 109-139. Buenos Aires: Edhasa.
- (2011). *El semanario popular ilustrado Caras y Caretas y las transformaciones del paisaje cultural de la modernidad. Buenos Aires, 1898-1908*. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- Tarcus, Horacio (2016). *El socialismo romántico en el Río de la Plata (1837-1852)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zinny, Antonio (1869). *Efemeridografía Argirometropolitana hasta la caída del gobierno de Rosas*. Buenos Aires: Imprenta del Plata.
- (1883). *Historia de la prensa periódica de la República Oriental del Uruguay 1807-1852*. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo.